

Presentación: Cien años de *Ciudad* de Baldomero Fernández Moreno*



Marcelo Méndez

Hace exactamente cien años, la Primera Guerra Mundial no daba todavía signos de detenerse. Por su parte, los bolcheviques –los auténticos, no cualquier grupo llamado así por las derechas locales, aunque es de temer que la derecha actual pueda confundir su nombre con el de un condimento *gourmet*–, los bolcheviques, decía, tomaban el poder en Rusia. Enmarcado entre estos poderosos acontecimientos que mantenían al mundo en vilo, tiene lugar otro acontecimiento no tan espectacular pero de impacto fuertemente estético y social, puntualmente, literario. Un hecho civil, y destinado a perdurar, al punto de que puede oponer a tanta violencia, una vigencia que cien años después estamos constatando aquí, reunidos para celebrarla: en efecto, en 1917 Baldomero Fernández Moreno publicaba *Ciudad*, introduciendo para siempre a los lectores argentinos en una dialéctica de flores y balcones que pueblan todavía la memoria de muchas señoras argentinas, algo que Jacques Derrida, un convencido de que la poesía debía saberse de memoria, hubiera festejado. Aunque a decir verdad, esos versos que ya integran el acervo popular sólo ocupan una muy pequeña parte del libro. El índice corrobora esto al consignar ciento nueve poemas.

Ciudad fue publicado por “Buenos Aires” Sociedad Cooperativa Editorial Limitada. Su realización material estuvo a cargo de la Imprenta Mercatali, razón comercial ubicada por entonces en el pasaje Terry, que integra una sucesión de calles muy conocida para algunos de los aquí presentes: Puan-Hortiguera-Terry, y que todavía hoy funciona en el barrio de Boedo.¹ *Ciudad*, haciendo pie en lo más concreto, es un libro de diecinueve centímetros por trece, con 158 páginas.

Lo que la tapa dice

Tal vez por un irresistible anacronismo, llama la atención que la tapa de esta primera edición solo mencione el apellido del autor. En efecto, a la Sociedad Cooperativa que publicó *Ciudad* le pareció suficiente anotar cierto que en letra bastante grande– un escueto “Fernández Moreno” en la parte superior. Casi un nombre más para intercalar en la nómina de escritores de una sola publicación.

El apellido solitario omite así al Baldomero, tan sonoro, tan ensamblado con ese largo apellido del poeta.

Un nombre, “Baldomero”, que nunca dejó de oficiar con los años como primer acercamiento entre el poeta y sus lectores y como un código entre estos últimos. Baldomero

* Palabras de Marcelo Méndez en la presentación de la mesa sobre Baldomero Fernández Moreno.

1. Hay momentos de una presentación que cuesta recuperar en una transcripción escrita pero que no merecen perderse: cuando anuncio en tono celebratorio que la imprenta Mercatali perdura siempre en el barrio, y que ya es por lo tanto más que centenaria, Julio Schwartzman, sentado a mi derecha, dice secamente “quebró”. Me informa, me desasna, se planta frente a la política económica, pero sus palabras llegan parcialmente al público. Asumo la quiebra, que pone bandera de remate también a mi comentario, y sigo adelante.

Fernández Moreno fue siempre poeta de nombre completo pero a la hora de optar, muchas veces fue solo “Baldomero”. La intemperie autoral que en todo primer libro convive con la alegría de la publicación se deja ver tras esa omisión que la tapa de su libro presenta.

Lejos de buscar ese mencionado efecto de calidez y cercanía, y todavía a años luz de que el nombre Baldomero se volviera necesario para desambiguar frente al Fernández Moreno de su hijo César, el laconismo editorial de la tapa de *Ciudad* dice mucho sobre los comienzos de un escritor –cuando solo es un apellido y un manojo de versos– mientras convierte a Fernández Moreno –así, a secas– en un involuntario precursor de Fogwill.

Por lo demás, el pie de imprenta, íntegramente desplegado en la tapa rezaba: “Buenos Aires”, sociedad cooperativa, editorial limitada, 1917. La misma editorial que un poco después editaría también a Alfonsina Storni y Manuel Gálvez y Juan Carlos Dávalos.

La palabra “ciudad”, que da título al libro, aparece en el centro de la tapa con un decidido color rojo, fuertemente orlado en un gris muy oscuro. Esa orla gris es lo más destacable de la tapa junto con las rojas letras del título.

La fecha –1917– figura en tapa como si quisiera sumarse a esta celebración. Como para no dejar dudas sobre la autenticidad de este aniversario.

También en la tapa de esta primera edición puede leerse un epígrafe en francés: *Je suis un habitant de ma ville*.

La frase es de Jules Romains, escritor y dramaturgo francés nacido en 1885. Cabe señalar que es absolutamente contemporáneo de Fernández Moreno, nacido en 1886. Romains fue uno de los creadores del Unanimismo, movimiento que buscaba representar en su literatura “el alma total de las masas” y que se basaba fuertemente en el concepto de fraternidad. Este es el hombre que programáticamente Fernández Moreno lleva al epígrafe.

En el interior del libro

Sintetizo lo que escribe Baldomero en una página par que antecede a las dedicatorias: se trata de “Un libro que no termina mientras el Poeta viva en su Ciudad”. Notable y ambiciosa declaración de principios.

El libro está dedicado en primera instancia a Leopoldo Lugones y Manuel Mayol, y de un modo más operativo –si cabe esta palabra en una presentación– “A las calles de Buenos Aires”. Esto recuerda de manera inevitable al Borges que escribía “las calles de Buenos Aires ya son la entraña de mi alma” y al Ferrer de “Las callecitas de Buenos Aires tienen ese no sé qué, ¿viste?”. Autores que, como queda a la vista, siguieron el sendero abierto por Baldomero.

Finalizando con alguna nota de color, hay que decir que la historia de este libro parece reservarse algunos guiños para quienes pertenecen a la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, en cuyos programas, dicho sea de paso, Baldomero merecería un lugar más destacado.

Baldomero Fernández Moreno es hoy una calle que cruza la calle Puán –donde hoy se encuentra la Facultad de Filosofía y Letras– más o menos al 800 y la imprenta

Mercatali, cita ahora como se dijo, en Boedo, donde, por lo visto, bajó sus cortinas, estaba en 1917 en el Pasaje José Terry 285, a tres cuadras de la Facultad. El pasaje ha perdido todo perfil industrial, el 285 lo ostenta hoy un edificio imponente, pero todavía tiene pastito creciendo entre sus adoquines, como tendría, puede presumirse, cien años atrás.

Por último, una disputa sin mayor importancia pero que en la que nada de malo tiene tampoco aportar alguna precisión. El renombrado edificio de los setenta balcones estaba, se dice, en Corrientes y Pueyrredón, donde Baldomero trabajaba. Es el que está coronado por una bella cúpula, y que él –según se dice– veía cuando salía del trabajo para tomarse un café. Pero una segunda versión lo ubica en Puán y Rivadavia. Baldomero iría y vendría desde Flores, pasando por adelante. El conteo de los balcones del edificio que comanda esa esquina lo verifica totalmente. Son, vistos de frente, setenta. De todos modos, parecen embelecos fraguados en Caballito. Ambos edificios siguen, cien años después, absolutamente despoblados de flores, ya sea como una manera de candidatearse a “edificio verdadero”, ya sea haciéndole una injuria o un homenaje al poeta. O, también hay que considerarlo, por algún problema vinculado a la botánica, despreocupado de la poesía y sus bemoles. Ahora sí, ya no demoro más a los expositores.

